

## JUAN GARCIA PONCE

### CASA DE MUÑECAS\*

Empezó a ir a la escuela. Primero al kinder; los uniformes, una falda guinda con tirantes, una blusa blanca, calcetas blancas y zapatos negros como los de sus hermanas, se compraban en una tienda. A ella le quedaban siempre demasiado anchos o demasiado cortos; pero Rosario se los arregló. Terminó el kinder, donde tuvo sus primeras conocidas, más que amigas, porque no había casi nada de qué hablar, más bien se participaba en juegos comunes. Empezó a aprender a leer y escribir. Sus largas piernas apenas cabían en los bancos, la mayor parte de sus compañeras se reía mucho. Ella le pegaba ligeramente a la de adelante con los pies. Una empezó a decirle Jabalina, no Lince como Manuel, aunque ahí, en la escuela, tampoco nadie la podía alcanzar cuando echaba a correr.

Poco a poco, algunas entre ellas hablaban de "eso" y todas tenían distintas versiones que contar, la "verdad" sobre lo que oía en el cuarto de su padre y su madrastra, el cuarto que también fuera de su madre, empezó a formar parte de su experiencia cotidiana, especialmente con la amiga que le había dicho por primera vez "Jabalina". No importaba que no fuese una única verdad sino diferentes versiones con distintas variantes, todas ellas posibles de creer y relacionadas de inmediato con sus propios rumores, los que oía en el cuarto y de los cuales no le hablaba a nadie. Todavía los sábados y los domingos Rosario la vestía de blanco y ella era distinta a sus hermanas mayores aunque igual que ellas llamase tía a su madrastra. En sus sueños su madrastra siempre representaba lo que sabía a través de sus conversaciones en la escuela y de lo que ella misma inventaba, pero al despertar sólo se sentía avergonzada y trataba de olvidar todo, incluso se proponía evitar cualquier nueva conversación para no sentir vergüenza.

La escuela a la que iba junto con sus hermanas era una enorme casa con un patio central, columnas de piedra rosada y corredores detrás de los cuales estaban los salones de clase, en altas habitaciones, con grandes puertas y ventanas alargadas y con barrotes. Detrás de la ornamentada reja de hierro con su amplia entrada había primero árboles frutales y éstos rodeaban toda la casa. Apenas entraba, Inmaculada se separaba de sus hermanas, como si fuera una regla establecida por quién sabe quién en algún año lejano y cada una se avergonzara de la otra. Ella regresaba por su cuenta a su casa, que no estaba lejos de la escuela. Era entonces y no durante los recreos, siempre ocupados por algún juego

dirigido, cuando hablaban de lo que después se proponía no volver a hacer, sin lograrlo nunca, y casi siempre era la misma niña la que iniciaba esas conversaciones. Inmaculada sólo se dejaba llevar. Su forma natural de ser era echarse a correr cuando había hecho algo por sí misma o dejarse guiar sin ninguna resistencia cuando sentía curiosidad. La niña con la que hablaba después de las clases la llevaba siempre tomada de la mano. Muy pronto empezó a tomar clases de religión, aparte de las que le daban en los cursos junto con las de historia sagrada, para prepararse para su Primera Comunión. Se confesó con el capellán de la escuela, pero sólo confesó, a pesar de las muchas preguntas del capellán, algunos actos de ira, pequeñas desobediencias y ninguna de sus conversaciones secretas ni la manera en que escuchaba ante la puerta en el cuarto de su padre y su madrastra. En cambio le encantó hacerse el traje para la Primera Comunión. Era como ir disfrazada. Mucho más que la Primera Comunión le interesaba el traje. Todas sus hermanas decían que se veía muy bien con él, que era la imagen misma de la pureza y la belleza, pero nadie sabía que la que mejor se sentía en el traje era ella y apenas podía se observaba cuidadosamente, sin el libro de misa y la vela que le compraron, en cualquier espejo. Luego hizo la Primera Comunión junto con las demás niñas que tomaban clases con ella. La iglesia estaba adornada y había música. Se las arreglaron para que a ella y a su amiga, la que la acompañaba hasta su casa tomada de la mano, les tocara desfilar juntas, pero lo más importante siguió siendo el traje, aunque no se diferenciara en nada de los demás. A Inmaculada siempre le entusiasmaron los trajes con los que podía sentirse diferente. Daba lo mismo hasta que sólo fuese el cambio que representaba el uniforme del colegio junto a sus vestidos blancos.

\*Fragmento de la novela *Inmaculada o los placeres de la inocencia*.

También sentía lo mismo vestida para montar. Durante la ceremonia, no puso mayor atención a lo que decía el cura al frente, ni siquiera cuando le pusieron la hostia en la boca. Había sido más importante caminar, sentarse, arrodillarse con su nuevo traje, saberse observada por su abuela, su papá, su tía y todos sus hermanos.

Volvió a disfrazarse para las fiestas de fin de curso, cuando les hacían trajes de papel para que bailaran por parejas e Inmaculada sentía el papel crepé sobre su cuerpo desnudo y le gustaba la fragilidad de los vestidos y tener las piernas y los hombros descubiertos y, en vez de fingir que miraba hacia el altar, ver, mientras se sentía disfrazada con un traje más frágil que nunca, con flores de papel también en el pelo, bailando por parejas o tomando de la mano una tras otra a las niñas de su clase, al público formado por los familiares y las monjas y las alumnas mayores que las contemplaban.

Cuando pasó a segundo año, Joaquina, la niña que acompañaba a Inmaculada a su casa tomándola de la mano, junto a la que hizo la Primera Comunión y con la que bailó con su traje de papel crepé, las piernas y los hombros descubiertos y flores de papel en el pelo, fue también la primera a la que invitó a la hacienda de su familia. Había que hacer un largo viaje en automóvil, el paisaje cambiaba y la hacienda no le pertenecía a nadie, era el lugar que Inmaculada conocía desde siempre, desde antes de saber que lo conocía, cuando iba en el automóvil sentada en las piernas de Rosario, que al cansarse se la pasaba a cualquier otra de sus hermanas, donde todo era diferente, más grande, con otros olores, con amplios campos de caña y de todo tipo de cosas, donde montaba a caballo no sólo con Manuel sino también con sus demás hermanos y hermanas, donde vio las cañas hirviendo en enormes pailas para convertirlos en piloncillo, donde conoció los graneros en que guardaban los elotes, donde la casa principal era aún más grande que la suya en la ciudad y donde fue ella la que le enseñó a Joaquina tantas de esas cosas.

En la ciudad Manuel ya no montaba a caballo con Inmaculada. Ella iba a la escuela, tenía tareas y él tenía novia. En cambio, Inmaculada tuvo derecho a pasar a ser la dueña de la casa de muñecas que antes fuese de sus diferentes hermanas. Estaba pegada a una de las bardas a un lado de la huerta. Tenía muchas muñecas, ahora, además, tenía una casa para ellas. Las trasladó allí desde su cuarto guiada no por su hermano Manuel, ni por Rosario, sino por otra hermana, Carmen, que también iba a la escuela y aumentó la colección de muñecas de Inmaculada regalándole las suyas, igual que lo habían hecho antes las hermanas mayores con ella. También fue Carmen la que guió a Inmaculada hasta la casa de muñecas y le enseñó a entrar inclinándose y la ayudó a acomodar las muñecas junto a las suyas. Enseguida, llevó a esa casa a Joaquina. Allí Inmaculada y Joaquina jugaban con las muñecas hasta que era imposible ver en la improvisada casa semioscura en la que ninguna ventana permitía la entrada de la luz. Arrullándolas para que se durmieran, cambiándolas una y otra vez de vestido, de rodillas o sentadas sobre el piso de tierra aplanada. Luego, antes de invitar a Joaquina a la hacienda, ya había pasado algo entre ellas. Sentadas o de rodillas en el piso, con el mismo uniforme de la escuela, mirándose una a otra con una muñeca en los brazos, estaban siempre tan solas, no sólo en esa casa de

muñecas, sino también en medio de sus demás compañeras de la escuela, se sentía tan bien caminar tomada de la mano de Joaquina al ir hacia la casa, saber que tenía una amiga. Inmaculada era más alta que Joaquina, que, fuerte y robusta, hacía ver aún más delgada y frágil a Inmaculada; Joaquina tenía el pelo más claro y era más blanca, siempre era la que decidía lo que debían hacer e Inmaculada obedecía. Una tarde, Joaquina propuso un nuevo tipo de juego. Había desvestido a una de las muñecas y se la enseñó a Inmaculada. El pequeño cuerpo desnudo sin ningún vello, como el de ellas, pero, a diferencia de ellas, sin la rajada al frente, cerrado por completo en su imitación de piel, aunque ni Inmaculada ni Joaquina fuesen tan rosadas como ella.

—¿Y si yo me desvistiera también? —dijo Joaquina.

Inmaculada no entendió lo que su amiga quería. Joaquina tuvo que insistir:

—¿No quieres verme desnuda a mí también?

—¿Desnuda, tú? ¿Para qué? —contestó Inmaculada.

—Para estar igual que la muñeca, para ser otra muñeca —murmuró Joaquina.

Y en tanto, sin esperar la respuesta de Inmaculada que la miraba fijamente sin saber lo que esperaba ni sentir que era capaz de oponerse a nada, Joaquina se había bajado ya los tirantes del uniforme y empezó a desabrocharse la blusa. Su fondo era igual a los que Inmaculada ya usaba también. Sin intervenir, miró a Joaquina desvestirse por completo. Inmaculada la vio. A diferencia de las muñecas, igual que ella, tenía una rajada entre las piernas, pero menos evidente que la de Inmaculada. Joaquina se acostó en el piso.

—Pásame la mano de una muñeca por el cuerpo —le ordenó a Inmaculada.

Asombrada y también fascinada, sin apartar en ningún momento la vista del cuerpo de su amiga acostada en el piso. Inmaculada, sin dudar en que tenía que obedecer y quería obedecer, de que el hecho de tener que obedecer le gustaba, sin tener que mirar hacia la hilera de muñecas, tomó una de ellas y teniéndola en sus manos se quedó un momento indecisa, mirando el cuerpo desnudo de Joaquina.

—¿Dónde? —preguntó al fin.

Joaquina había cerrado los ojos.

Donde tú quieras, por todo mi cuerpo.

La muñeca que Inmaculada tenía entre las manos estaba vestida. Ella le quitó el trajecito. Luego puso la muñeca desnuda al lado de Joaquina.

—¿Qué esperas? ¿No quieres hacerlo? Pásame la mano de la muñeca, muy despacio, por donde tú quieras —suplicó Joaquina sin abrir los ojos.

Inmaculada tomó la muñeca por el tronco con una mano y con la otra le estiró el brazo. La pequeña y tiesa mano de la muñeca se posó en el hombro de Joaquina y luego fue descendiendo por su tronco. No se detuvo en los pechos lisos todavía, a pesar de los salientes pezones. Giró varias veces alrededor del ombligo.

—Así, muy despacio dijo en voz baja Joaquina respirando profundamente.

Inmaculada se sentía transportada por la fuerza que la obligaba a obedecer, no era más que la obediencia, no estaba excitada sino como suspendida por algo, vacía de sí misma. Muy despacio, muy despacio, a pesar de su inmovilidad, sintiéndola viva como si fuese una prolongación de la suya, siguió bajando la mano de la muñeca por uno de los muslos

de Joaquina. Ella había empezado a mover su cuerpo.

—Métela allí, méteme la mano allí, la mano de ella, de la muñeca primero —le rogó a Inmaculada al fin.

Inmaculada había detenido la mano de la muñeca sobre el muslo de Joaquina. Miraba la rajada que ella también tenía y la muñeca no.

—¿Dónde? —preguntó.

—Allí, entre mis piernas, adentro —pidió Joaquina abriendo los ojos y mirando a Inmaculada que, con la muñeca en la mano, estaba de rodillas a su lado.

—No —contestó Inmaculada, asustada.

—Sí, por favor, no seas mala, sólo un poco, necesito saber qué se siente, hazlo —pidió Joaquina sin que su respiración entrecortada le permitiera hacerlo con mayor claridad mirando a Inmaculada, con los ojos muy abiertos, fijos en ella, con las piernas separadas, con un brazo acariciando su cuerpo y el otro extendido con los dedos doblados en una forma igual a la de la mano de la muñeca.

Inmaculada, de rodillas junto a ella, era entonces la obediencia y la fuerza. Su fuerza se encontraba en el hecho de poder obedecer. Imposible saber nada de eso; pero allí estaba, con la muñeca en la mano, Joaquina desnuda en el piso subiendo y bajando el pubis como si incitara y suplicara con sus movimientos a que se cumpliera lo que pedía. Había vuelto a cerrar los ojos. Para obedecer, Inmaculada tenía que vencer el miedo y seguir su curiosidad. La miró un momento más, con el fino dibujo de sus almendrados ojos negros y el gesto de desdén y desprecio que desde entonces sus labios eran capaces de adoptar sin que su voluntad interviniese para nada, pero que en esta ocasión estaba dirigido no contra Joaquina, ni contra sí misma, sino que era un producto de la sorpresa por lo que sentía, por lo que el cuerpo blanco y robusto de Joaquina y el agudo conocimiento de tener a la muñeca en sus manos le hacía sentir: una extrema frialdad que es todo ardor; la superioridad de su distancia y la debilidad de su cercanía; la curiosidad y el rechazo: los que ya había sentido escuchando unos ruidos frente a una puerta cuando no quería que nadie la viera y que, desde entonces, en la casa de muñecas, serían los signos que sintiera en sí misma tanto como los que podía notar en Joaquina; era un amor por lo que no dudaba en reconocer como prohibido y a lo que quería ceder, como si en vez de verlo pudiera ser la protagonista de lo que había oído aunque no se pareciese en nada y equivaliera a lo mismo. Pero aunque todo eso está presente no se piensa en nada cuando se está sobre las rodillas con una muñeca en la mano y enfrente Joaquina, desnuda como la muñeca, suplicándole, ordenándole y a sus órdenes, con los signos de una vida que jamás tenían las muñecas, y que pedían que pusiera en contacto la inmovilidad de la dura y pequeña mano de la muñeca con los movimientos de Joaquina. Inmaculada, cruelmente, llena de curiosidad por lo que iba a hacerle a Joaquina, por la manera en que ella reaccionaría y por lo que sentiría al hacerlo en ella, acercó la mano de la muñeca al sitio donde Joaquina la esperaba y le había pedido que la pusiera. Hubo muy poca resistencia. Joaquina sólo esperaba ese contacto, podían verse los labios muy rojos entre sus piernas. Inmaculada

conoció, como un puro instrumento, la emoción de dar placer y el dolor en los otros ante la emoción que ella sólo sentía como placer, podía unirse al placer de los otros y aumentar su emoción. Pero aunque su mano era la de la muñeca y tenía los labios entreabiertos y los ojos fijos en la mano que se perdía en el interior de Joaquina, no podía reconocer su placer sino sólo ver el de Joaquina. El brazo de la muñeca ya había entrado por entero a Joaquina que movía el cuerpo de arriba abajo y la cabeza de un lado a otro mientras se quejaba y suspiraba. Inmaculada empezó a mover el brazo dentro de Joaquina. Con la voz entrecortada, ella insistía en pedirle más —"más, más, más"— e Inmaculada obedecía.

—Ahora tú, tú misma, con tu mano —murmuró después Joaquina.

No había ninguna posibilidad de negarse, siempre había sido la mano y el brazo de la muñeca y, aún sin saberlo, nada más quería que le pidieran tocar el interior. Retiró la muñeca muy despacio y acercó primero uno de sus dedos y luego otro y luego un tercero mientras su palma también se movía sobre Joaquina.

—Acaríciame con la otra mano el cuerpo —le pidió Joaquina mirando alternativamente la cara de Inmaculada y la mano en su interior.

Inmaculada obedeció. El cuerpo suave y blanco de Joaquina y su mano seca y más oscura recorriendo ese cuerpo. Permanecieron así un tiempo indefinido, buscando sin proponérselo una cima a la que desconocían que se podía llegar y sin embargo, para las dos, era una intensidad sin límites. La casa de muñecas ya era otra. Inmaculada retiró finalmente la mano del sexo de Joaquina. Ella le pidió a Inmaculada, con un tono desprovisto de la ansiedad que tenía su voz antes y que resultaba exactamente igual al gesto de tomarle la mano mucho tiempo atrás al salir de la escuela, que se acostara sobre ella. Inmaculada obedeció de inmediato. Aunque estuviera vestida con el uniforme que Joaquina se había quitado, necesitaba sentirla bajo su cuerpo. Se quedó sobre ella sin que ninguna de las dos hiciera ningún movimiento. Luego Joaquina le rodeó la cintura con los brazos a Inmaculada. La cara de Inmaculada estaba pegada a la de Joaquina y las dos tenían los ojos cerrados cuando escucharon a Rosario llamándolas. Se separaron de inmediato. Inmaculada se puso de pie. Su cabeza casi tocaba el techo de la casa de muñecas. Joaquina se vistió de prisa y la muñeca se quedó desnuda. Inmaculada la miró hacerlo. Ella había estado sobre ese cuerpo, que ahora descubriría como un cuerpo y quería tanto. No tenía miedo ni vergüenza. En su casa de muñecas Joaquina era su invitada y ella la protegía. Las dos participaban de un nuevo conocimiento y sin tener que decirselo sabían que, a partir de allí todo sería mucho más interesante y repetirían lo que habían hecho. Salieron poco después, Joaquina primero e Inmaculada siguiéndola. Rosario les rodeó los hombros a las dos, poniéndolas a los lados de su cuerpo. Era dos niñas que jugaban en la casa de muñecas que su padre construyera para ella. Inmaculada tenía las piernas más largas y las rodillas más salientes, pero las dos estaban sucias.\*